Carlos Vogt cabe preguntarle en este caso: ¿por qué los antropólogos hablan de esos nobilísimos atributos (1), acudiendo, para explicar su naturaleza y su origen, á teorías tan descarriadas como las de Lubbock, Tylor y Spencer? A cada cual lo suyo.

---

(1) En igual contradicción incurre Claus, dadas sus ideas, al incluir en la definición del hombre la «razón» y el «lenguaje articulado».

Cuvier hizo del hombre un orden, el de los *bimanos;* y á esta opinión se adhirieron Blainville, de Gervais, d'Henri Milne-Edwards, etc. M. Verneau en su libro *Les Races humaines*, que tenemos á la vista, dice que aún no está determinado el lugar que el hombre debe tener en la Naturaleza. Combate, sin fundamento alguno, la opinión de que sólo el hombre tiene dos manos. Afirma que está demostrado que los monos tienen carácter igual. Pero es una afirmación tan gratuita como el atribuirles inteligencia. Esta es propia y exclusiva del hombre entre los organismos vivientes; y si, como dice un escritor contemporáneo, se establece el reino vegetal por su carácter de vida, y el reino animal por la sensibilidad, ¿por qué no se establece el reino humano por virtud de su razón?

CAPÍTULO IV

Continuación del capítulo precedente.—El hombre según San Agustín y Pascal.—Lugar del hombre en la Naturaleza.—¿Es el hombre un *reino* ó una *familia* en el orden de los Primates?—Explicación del sentir de Linneo.—Razones que alega el transformismo para hacer del hombre una «Familia».—Las clasificaciones actuales carecen de precisión y claridad.—Diferencias anatómicas entre el hombre y los monos antropoídeos.—Inconsecuencia de algunos naturalistas.

No era posible que la moderna Antropología, dado el espíritu que la informa, puesto de relieve en los capítulos anteriores, dejase de consagrar su correspondiente capítulo al «lugar que ocupa el hombre en la Naturaleza». Ya anunciamos á su debido tiempo que para Quatrefages y Blanchard esta cuestión era insoluble; mientras que, en la verdadera Filosofía antigua y en el transformismo y materialismo, la solución es «relativamente» fácil. Decimos «relativamente», refiriéndonos á las opiniones de los naturalistas que juzgan satisfactorio cuanto ellos afirman acerca de este asunto, pero que á nadie puede convencer.

«El hombre—decía Pascal—es el objeto más prodigioso de la Naturaleza: no comprende lo que es un cuerpo, menos lo que es espíritu, y menos aún cómo pueden estar unidos un espíritu

y un cuerpo. Aquí se esconde la dificultad por excelencia; y, sin embargo, es el propio sér del hombre.» Estas palabras, ampliación y comentario de otras más hermosas de San Agustín, pronunciadas desde las altas regiones de la Psicología racional, deben repetirse hoy en las escuelas de ciencias naturales. Ningún esfuerzo se necesita para probarlo: basta leer algunos libros de éstas para notar inmediatamente que forman inmenso caos las opiniones concernientes al «lugar que ocupa el hombre en la escala zoológica». Reino, tipo, clase y subclase, orden y suborden, familia, género y especie... todo lo ha sido la inteligente criatura llamada «hombre», que clasifica los animales y vegetales, los minerales y las rocas, y no sabe clasificarse á sí propio. Aquel *nosce te ipsum,* que servía de inscripción al templo de Delfos, parece un imposible ideal, antropológicamente hablando (1).

---

(1) Véanse las hermosas palabras de San Agustín, á que antes nos referíamos:

«Videt (homo) absentia, transmarina visu ambit et percurrit aspectu; abdita perscrutatur et uno momento sensus suos per totius orbis fines et mundi secreta circumfert: descendit ad inferna, ascendit inde, versatur in cœlo, adhæret Christo, conjungitur Deo». *(De spirit. et anim.*, c. 2.)—«Datum est illi tam ingentium rerum secreta scire et seipsum cognoscere non posse.» *(In præf., lib. de spirit. et anim.)*—«Modus, quo corporibus adhærent spiritus et animalia fiunt omnino mirus est, nec comprehendi ab homine potest.» *(De Civit. Dei,* lib. XXI, c. X.) Y en la epístola 137 *ad Volusianum* asegura que es más difícil comprender cómo se unen el alma y el cuerpo, que la unión del Verbo divino con la humana naturaleza. Es una verdad clara y profunda.

Descartada la opinión del príncipe de los antropólogos, y escuchando alternativamente á los filósofos y á los naturalistas, adviértese, desde luego, que todos esos diversos pareceres se reducen hoy á dos. Según aquéllos (los filósofos cristianos), el hombre, por sus facultades intelectuales, y aun teniendo en cuenta sus caracteres anatómicos, constituye, no solamente un orden, una clase, un tipo, sino un reino, un mundo aparte en la creación; porque es «la pupila de los seres que no ven, el corazón de los que no sienten, la lengua de los que no hablan, y el intérprete soberano del concierto del orden físico y universal».

La opinión á ésta contraria, y que ya va teniendo carácter de moda entre la inmensa mayoría de los escritores, nos dice que el hombre es, á lo más, una familia del orden de los *Primates* establecido por Linneo. Esto es lo capital, no hay que olvidarlo. El *Origen de las especies* no ha sido más que el prólogo á la *Descendencia del hombre;* el éxito lo demostró. Darwin, cuyo talento observador nadie puede racionalmente negar, hubiese muerto con más honra si, rechazando las sugestiones malignas de personas tan excéntricas como Hæckel, no publicara el último de esos libros. El juicio inapelable de la historia futura lo ha de decir. Desde la funesta aparición de aquella obra desventurada, hánse visto aparecer mil *Antropogenias,* ya grandes, ya chicas, sin ningún valor real, aunque con todo el aparato científico que deslumbra á las inteligen-

cias de poco vuelo. Ahí van á parar todas las tentativas transformistas; ahí han dirigido sus argumentos, más ó menos insubstanciales, los partidarios de la evolución. Será míope quien no lo vea. Ábrase cualquier libro de esa escuela idólatra de la materia eterna, y se verá, desde la primera página á la última, que todo se reduce á poder admirar en el hombre al «hermano mayor» de los monos antropoídeos. Es lo importante: lo que queda es accesorio. Afirmada la unidad de origen ó de la común descendencia de aquél y de éstos, el sistema requiere pruebas más ó menos aparentes de tan atrevida hipótesis. Fases embrionarias semejantes, idéntica estructura, órganos rudimentarios, los mismos instintos é iguales pasiones, fenómenos de atavismo manifiestos en el niño y en el criminal..., tales son, entre otros, los recursos á que apelan para establecer nuestra remota genealogía y común origen. No se nos oculta que los partidarios de la descendencia quieren probar la causa por los efectos, ó se elevan, por inducción, de los arroyuelos á la fuente de donde dimanan. Pero es á todas luces notorio, aunque quieran velarlo, que en el pensamiento de Darwin y de sus extremosos prosélitos, precedió la idea del «común origen» á la de las «mutuas analogías», y la «fraternidad» al «parecido» ¡Poder tiránico del sistema!

Es inoportuno invocar la autoridad y el nombre del gran naturalista sueco. «Si Linneo—dice Quatrefages—dió al hombre por compañero un *gibbon* (*Hylobates*), fué por recurrir al «sistema»,

escogiendo ciertos caracteres y haciendo solamente uso de algunos que el cuerpo suministra. Así lo hizo en su *Systema Naturæ;* pero en las notas al género *Homo*, y más explícitamente en la introducción titulada *Imperium Naturæ*, establece la oposición del hombre con todos los seres, y en particular con los animales; en tales términos, que la noción del *Reino humano* surge de allí de un modo invencible. Y la razón es porque Linneo habla en este punto, no sólo del hombre *físico*, sino del *hombre completo*» (1). La nomenclatura se impuso en aquellas circunstancias, como el mismo Ed. Perrier confiesa (2).

Además, si en el sistema sexual hoy nadie le sigue, ¿por qué se le ha de creer en tan singularísimo caso? No hay para qué indicar los elogios que dispensan á Linneo en este asunto los evolucionistas, mientras que se le maltrata y deprime por haber definido la especie: *tot numeramus species quot ab initio creavit Infinitum Ens,* por haber sido intérprete del Génesis bíblico, y por haber creído en Dios (3). Es de lamentar que los sectarios de ciertas doctrinas no disimulen más eficazmente sus rencores, odios y fanatismos. Las intenciones perversas se traslucen más pronto en los libros que en las personas, y cualquiera puede adivinar que, si á Linneo se le alaba en la

(1) *L'espèce humaine*, pág. 17.
(2) *Traité de Zoologie*, primera parte, pág. 380.
(3) Vid. Hæckel, *Histoire de la Creation*, etc., confs. 2.ª y 3.ª

clasificación del género *Homo* y se le condena en lo relativo á las especies, no es porque se equivocase en lo segundo y acertase en lo primero, sino porque lo primero se vacia bien en el molde de la teoría transformista, y lo segundo no.

Desde luego puede asegurarse que para los antropólogos transformistas, y por una contradicción manifiesta, el *método natural* es inútil y estéril en el asunto de que tratamos. El objeto capital de la Antropología moderna no es determinar experimentalmente en el grupo humano los caracteres en que difiere del bruto. El monismo contemporáneo no lo quiere, porque la supremacía de esas cualidades no está encerrada en los tejidos de los órganos y de las vísceras. No es científico seguir el estudio de esas cualidades, de su origen y desenvolvimiento, como no lo es el hablar del origen de la vida y del alma tal como lo entiende la sensata humanidad. ¡Y, sin embargo, habla el monismo!

Con el fin de seguir sus huellas y poder usar de sus mismos argumentos, debemos exigirle ante todo las razones en que se apoya para hacer del hombre, anatómica y fisiológicamente considerado, «una familia». Ésta nos lleva de la mano al estudio de la clasificación; porque sin una clasificación verdadera, de grupos bien definidos, de límites perfectamente determinados, nadie puede decir lo que es familia, ni orden, ni clase, ni tipo, ni reino. En el estado actual de la ciencia es inasequible, por hoy, una clasificación semejante. No hablemos de las clasificaciones mineralógicas y petrográficas, envueltas por nieblas tan espesas como las de los campos Cimerios. De la clasificación en Zoología no conocemos libro más profundamente pensado y mejor escrito que el del poligenista Agassiz, dado á luz en 1858, y traducido al francés por Félix Vogeli en 1869 (1). «A decir verdad, no hay incertidumbre más grande ni falta más absoluta de precisión que en Historia natural. En ninguna parte he podido encontrar una definición clara ni aun del carácter de las divisiones más comprensivas» (2), esto es, ni siquiera de los grupos superiores. «Es extraño—continúa—que, aplicando á los objetos medida igual, hayan podido variar los resultados en cantidades tan considerables. Y si es inmensa la confusión en las clases, es, si cabe, mucho mayor en los órdenes y en las familias. Ciertos naturalistas consideran aquéllos como superiores á éstas; otros hacen lo contrario. Unos admiten los órdenes y suprimen las familias; otros establecen las familias y suprimen los órdenes. Hay, pues, arbitrariedad sin límites, que no pudo evitar el mismo Cuvier. Por otro lado, la sucesión regular de clases, subclases, orden y suborden, familia y subfamilia, tribu y subtribu, género y subgénero, etc., etc., son ideas pedantescas de simetría y regularidad sin real fundamento» (3).

(1) L. Agassiz, *De l'espèce et de la classification en Zoologie*. París, 1869, Baillière.
(2) Ib., ib., p. 220.
(3) Obra citada, p. 220.

Esta crítica justa de las clasificaciones anteriores á la de Agassiz puede repetirse hoy, sin desconocer por eso el mérito relativo de los zoólogos clasificadores. La teoría de la «unidad de plan de composición» de Esteban Geoffroy Saint-Hilaire no ha sido confirmada. La exclusiva existencia de los cuatro «tipos de sistema nervioso» de Cuvier no se puede hoy aceptar. Los «tránsitos de continuidad y las series decrecientes» de Blainville no tienen mejor suerte; siendo notable que, mientras Cuvier da capital importancia á la estructura interna, Blainville la da á la forma externa. La de Milne Edwards es conciliadora y establece grupos de distinto valor, según la presencia ó ausencia de *alantoides*. La de los animales «apáticos», «sensibles» é «inteligentes» de Lamarck es inadmisible. Y, en general, las clasificaciones embriogénicas no corresponden á la íntima realidad de las cosas: la de Von Baër, fundada en la transformación de los embriones; la de Kölliker, en una región limitada del *vitellus;* la obscura de Van Beneden, la ecléctica de Carlos Vogt, las artificiales de Huxley y de Giard, no están justificadas por las relaciones visibles en los animales adultos. Como dice Ed. Perrier, el axioma que sirve de apoyo á las clasificaciones embriogénicas: «la serie de las formas embrionarias de un animal, es como una galería de retratos de sus predecesores», necesita muchos correctivos, porque se desconocen «casi enteramente las leyes de la aceleración embrionaria y de las adaptaciones del embrión al género de vida». La clasificación de Claus es distinta de la de Perrier, y las dos difieren de la de Agassiz. Este naturalista, célebre por sus teorías sobre la edad glacial y su magnífico estudio de los peces fósiles, expuso claramente la naturaleza de los organismos examinando millares de hechos á la luz de la Biología, Embriología y Paleontología; comparó unos con otros, analizó la economía general de la naturaleza, la distribución geográfica y topográfica de los animales y vegetales, y, después de combatir las clasificaciones anteriores á él, establece su «método» de la siguiente manera: los grupos más comprensivos ó tipos están caracterizados por los planos de estructura diferentes; las clases, por el modo de ejecución de ese plan; los órdenes, por el grado de complicación de la estructura misma; las familias, por la forma que determina aquélla; los géneros, por los detalles de ejecución de las partes; y las especies, por las relaciones de los individuos entre sí...» (1).

Los naturalistas modernos no siguen esta clasificación; pero las razones que tiene Hæckel para no admitirla son fútiles y vanas. Agassiz cree en una inteligencia ordenadora cuyos reflejos son visibles en cualquier grupo de organismos, «en los tipos más diversos, en su repetición semejante, en la unidad de su plan, en la concordia de sus órganos, en las categorías de sus relaciones, en la duración de su vida, en la proporción de

(1) Obra citada, pág. 273.

su forma y volumen, en el riguroso ciclo de sus cambios embrionarios, en el orden de la sucesión... todo lo cual proclama la existencia de un Dios personal, juicioso, prudente, equitativo, amoroso y sapientísimo, á quien el hombre puede conocer, adorar y amar» (1). Por estas frases hermosas, de verdadero naturalista, Hæckel condena á Agassiz. Es muy duro para los defensores de la evolución admitir que el objeto de la observación científica sea adivinar «el pensamiento de Dios, encarnado, por decirlo así, en cada una de las criaturas». ¿Qué necesidad hay de creer en Dios, cuando se le ha sustituído cómodamente por el «acaso»?

De lo anteriormente expuesto resulta que no existen límites para los grupos superiores, y que en las clasificaciones actuales, si falta precisión y claridad, sobran etimologías híbridas, significaciones vagas, y entra por mucho aquello del poeta de las *Doloras:*

> Todo es según el color
> Del cristal con que se mira.

La «forma» con que algunos pretenden caracterizar las familias ha tenido y tiene hoy diferentes valores. Ya es un sistema de figuras extremadamente diversas y con un carácter común; ya es una huella ó signo exterior del cuerpo del animal. C. E. von Baër distinguió, mediante ella, el tipo de los Articulados, de los Radiados

(1) Ib. ib., cap. XXXIV.

y de los Vertebrados: Cuvier separó con ella también los órdenes (ó subórdenes mejor) de los macruros y braquiuros: quién la adopta para diferenciar las familias, quién para los géneros y aun para las especies. En suma: mientras los naturalistas no nos demuestren cuáles son los límites de la familia y del orden, y por qué caracteres ó diferencias están constituídos éste y aquélla, nadie puede, en nombre de la ciencia, formar una familia más bien que un orden con el género *Homo*.

Se dice frecuentemente que las diferencias anatómicas que separan al hombre de los monos antropoídeos no son bastantes para hacer de él un orden en la escala zoológica (1). Está bien: pero, por ventura, ¿sólo la Anatomía ha de intervenir en la clasificación? La Fisiología, la Embriogenia, y aun la Psicología animal, ¿no tienen valor é importancia suma en la formación de los grupos? ¿Qué es, entonces, el método natural á cuya conquista se aspira? Por otra parte, ni Huxley ni nadie ha demostrado esa proposición: al contrario, comparando de una manera imparcial las diferencias anatómicas que separan muchos órdenes en Zoología, se ve claramente su inferioridad en valor y en número á las que median entre el hombre y los monos antropoídeos.

El área interior de la cápsula craneal del

(1) Huxley (Th. H.), *La place de l'homme dans la nature*, página 80. Edición francesa. Baillière et Fils, 1891. París.

hombre y el peso de su cerebro, el desarrollo «característico», el mayor número y la mayor varriedad de sus circunvoluciones cerebrales; la más complicada textura de la corteza gris y el cráneo dominando la cara; la cabeza descansando verticalmente sobre la columna vertebral y moviéndose á un lado y á otro; el orden de las suturas y la capacidad craneal, la situación del agujero occipital, la posición del oido, de los arcos zigomáticos y aun de los arcos superciliares con relación á la frente; el ángulo alvéolo-condíleo; la ausencia de diastema, el orden en que aparecen los dientes, las raíces de los falsos molares, el volumen de los grandes, la curva mandibular parabólica y hasta la corona del último molar inferior; la curva «sigmoidea» de la columna vertebral, convexa en el cuello, cóncava en el dorso, convexa en la región lumbar y otra vez cóncava en la sacra; el número relativo de las vértebras de cada región y la falta de apófisis fuertes y robustas desde la cuarta á la séptima; la anchura de la pelvis y la forma de los huesos coccígeos; la cortedad de los brazos y la sección circular del muslo; la ausencia de articulación móvil del tarso con el dedo grueso del pie; el músculo «independiente» y flexor del dedo pulgar de la mano, y, por último, la estación vertical..., todos estos notabilísimos caracteres anatómicos, y otros muchos que omitimos, no se hallan en ninguno de los monos «superiores», y en su virtud, es forzoso formar con ellos aquella «isla separada (de que nos habla Aby) que no

comunica por puente alguno con la tierra vecina de los mamíferos» (1).

De los partidarios de la teoría transformista, unos han fijado únicamente su atención en las «semejanzas», prescindiendo de las diferencias, que son incomparablemente más, como dice Brehem; otros, más superficiales, han negado toda importancia á este número de «distintivos». Pero Huxley hizo callar á los últimos, demostrándoles el valor capital de esos caracteres, y que «cada hueso del gorila» lleva un particular sello con que se le puede distinguir del correspondiente humano (2). Por ahora nos importa poco el que se dé ó no importancia á las diferencias anatómicas establecidas entre el hombre y los monos antropoídeos. Para que nuestro razonamiento sea concluyente, bástanos hacer ver la inconsecuencia de algunos naturalistas. Muchos de los órdenes de las aves, de los reptiles y de los peces, y aun de los mamíferos, están separados por líneas y contornos más obscuros y borrosos, más flotantes y vagos que las diferencias anatómicas expresadas entre los monos y el hombre. Un estudio profundo de algunos órdenes de las aves

(1) Nadie como Huxley (obra citada) ha reconocido las diferencias osteológicas. Los monos tienen muy largos sus caninos, que están separados de los otros dientes por un intervalo que se llama *barra*, de tal manera, que se cruzan al cerrarse las mandíbulas. Nada de esto se ve en el hombre. Las vértebras del hombre son veinticuatro; en el orangután y en el gorila son veintitres; el chimpancé tiene veinticuatro, pero trece son dorsales.

(2) Huxley, obra citada, pág. 79.

(v. g., de las prensoras, trepadoras y palmípedas), y de algunos órdenes de mamíferos (Primates y Prosimios), lleva á tal resultado de comparación. No es despreciable la autoridad de Aby. Nosotros queremos únicamente hacer constar que en la separación de los órdenes hay gran diversidad de medidas, y éstas son de valores diferentes.

CAPÍTULO V

Escasa importancia de algunos razonamientos transformistas.—Huxley: crítica de sus doctrinas.—El Dr. Halford.—Otras diferencias entre el hombre y los antropoideos.—La teoría de «La descendencia».—Contradicciones de Darwin: sus malos consejos y sus *graves razones.*

Pese á nuestros esfuerzos por comprender la importancia que se ha otorgado á muchos razonamientos transformistas, no hemos logrado alcanzar su misteriosa transcendencia. El examen detenido de los principios en que se apoyan, de la lógica que los informa y de las consecuencias que se quiere deducir, muestra claramente en esos raciocinios, elevados hoy, gracias á los entusiasmos de la moda, á la categoría de axiomas indiscutibles, el fondo de genuínos sofismas y de errores lamentables.

El gran naturalista inglés Huxley ha puesto al servicio de la doctrina darwiniana, con la autoridad que le dan sus títulos y condecoraciones y el mérito indiscutible de sus trabajos (salvo sus polémicas científico-religiosas, dignas del más solemne desprecio), todas las energías de su espíritu batallador, que le llevó muchas veces más allá de donde quiso, convirtiéndole en folletista informal y antojadizo. Admirador frenético